

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalerunt*

Año LX, número 42 (2.839)

Ciudad del Vaticano

20 de octubre de 2023

Momento de oración por los migrantes y los refugiados en la plaza de San Pedro

Dios conoce el rostro de cada uno

El Papa Francisco participó en la vigilia de oración por los refugiados que tuvo lugar en la tarde del 19 de octubre en la plaza de San Pedro. El evento, organizado por el Dicasterio para la Promoción del Desarrollo Humano Integral contó con la participación de refugiados de Camerún, Ucrania y El Salvador. Ante la gran escultura situada en la plaza, llamada monumento de los "Ángeles Unaveros", el Pontífice pronunció la reflexión que publicamos a continuación.

Nunca sabremos agradecer lo suficiente a san Lucas por habernos transmitido esta parábola del Señor (cf. *Lc 10,25-37*). Esta parábola también está en el centro de la Encíclica *Fratelli tutti*, porque es una clave, yo diría la clave para pasar de la cerrazón de un mundo cerrado a un mundo abierto, de un mundo en guerra a la paz de otro un mundo. en paz. Esta tarde la hemos escuchado pensando en los migrantes, a quienes vemos representados en esta gran escultura: hombres y mujeres de todas las edades y procedencias; y en medio de ellos los ángeles que los conducen.

El camino que conducía de Jerusalén a Jericó no era una vía segura, como tampoco lo son hoy las numerosas rutas migratorias que atraviesan desiertos, bosques, ríos, y mares. ¿Cuántos hermanos y hermanas se encuentran hoy en la misma condición del caminante de la parábola? ¡Muchos! ¿Cuántos son asaltados, despojados y golpeados a lo largo del camino? Parten engañados por traficantes sin escrúpulos. Luego son vendidos como mercancías. Son secuestrados, encarcelados, explotados y convertidos en esclavos. Son humillados, torturados, y violentados. Y muchos, muchos mueren sin llegar nunca a su destino. Las rutas migratorias de nuestro tiempo están pobladas por hombres y mujeres heridos y abandonados medio muertos; por hermanos y hermanas cuyo dolor clama ante la presencia de Dios. A menudo son personas que escapan de la guerra y del terrorismo, como vemos lamentablemente en estos días.

También hoy, como entonces, están los que ven y pasan de largo, seguramente buscándose una buena excusa, en realidad por egoísmo, indiferencia, miedo. Esta es la verdad. En cambio, ¿qué nos dice el Evangelio sobre aquel samaritano? Dice que vio a aquel hombre herido y se conmovió (v. 33). Esta es la clave. Y La compasión es la huella de Dios en nuestro corazón. El estilo de Dios es la cercanía, la compasión y la ternura; este es el estilo de Dios. Y la compasión es la impronta de Dios en nuestro corazón. Esta es la clave. Este es el punto de inflexión. De hecho, desde ese momento la vida de aquel herido comenzó a recuperarse, gracias a aquel extraño que se comportó como un hermano. Y de este modo, el fruto no es sólo una buena acción de asistencia, sino el fruto es la fraternidad.

Como el buen samaritano, estamos llamados a hacernos prójimos de todos los viandantes de hoy, para salvar sus vidas, curar sus heridas, aliviar su dolor. Lamentablemente, para muchos es demasiado tarde y no nos queda más remedio que llorar sobre sus tumbas, si las tienen, o el Mediterráneo acabó siendo su tumba. Pero el Señor conoce el rostro de cada uno, y no lo olvida.

El buen samaritano no se limitó a socorrer al pobre viajero en el camino. Lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo. Aquí podemos encontrar el sentido de los cuatro verbos que resumen nuestra acción con los migrantes: acoger, proteger, promover e integrar. Los migrantes han de ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados. Se trata de una responsabilidad a largo plazo; en efecto, el buen samaritano se comprometió tanto al ir como al regresar. Por eso es importante prepararnos adecuadamente para los desafíos de las mi-



Exhortación apostólica del Santo Padre Francisco sobre la confianza en el amor misericordioso de Dios

C'est la confiance

PÁGINAS 4-7

El relator general presenta la sección B3 del «Instrumentum laboris»

Participación, responsabilidad y autoridad

PÁGINA 8

A los participantes del Villaggio Coldiretti en Roma

El deber de extirpar el escándalo de la cultura del descarte

PÁGINA 7

En el Ángelus el llamamiento del Papa por Tierra Santa con un pensamiento también por Ucrania y el Nagorno-Karabaj

Liberación de los rehenes y no se derrame más sangre inocente

La invitación a dedicar la jornada del martes 17 a la oración y al ayuno por la paz

«Por favor, ¡que no se derrame más sangre inocente, ni en Tierra Santa, ni en Ucrania, ni en ningún otro lugar! ¡Basta ya! ¡Las guerras son siempre una derrota, siempre!». El sentido llamamiento de paz fue lanzado por el Papa en el Ángelus del 15 de octubre, junto con la invitación a los «creyentes a unirse a la Iglesia en Tierra Santa y a dedicar» la jornada del martes 17 de octubre «a la oración y al ayuno» por esta intención. Asomándose a medio día a la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano, como es habitual el Pontífice antes de la oración mariana había comentado para los veinte mil fieles reunidos en la plaza de San Pedro y para los que le seguían a través de los medios, el Evangelio dominical, deteniéndose en el episodio del rey que prepara el banquete de boda de su hijo (Mateo 22, 1-14). A continuación la meditación de Francisco.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy nos habla de un rey que prepara un banquete de bodas para su hijo (cf. Mt 22,1-14). Es un hombre poderoso, pero sobre todo es un padre generoso, que nos invita a compartir su alegría. En particular, revela la bondad de su corazón en el hecho de que no obliga a nadie, sino que invita a todos, aunque esta manera de actuar lo exponga a la posibilidad de ser rechazado. Fijémonos: prepara un banquete, ofreciendo gratuitamente una ocasión para encontrarse, para celebrar. Esto es lo que Dios prepara para nosotros: un banquete, para estar en comunión con Él y entre nosotros. Y nosotros, todos nosotros, somos por tanto los invitados de Dios. Pero un banquete de bodas requiere de nuestra parte tiempo e involucrarse: requiere un "sí": acudir, acudir a la invitación del Señor, Él invita, pero nos deja libres.

Este es el tipo de relación que nos ofrece el Padre: nos llama a estar con Él, dejándonos la posibilidad de aceptar o de no aceptar. No nos ofrece una relación de sometimiento, sino de paternidad y filiación, que está necesariamente condicionada por nuestro libre asentimiento. Dios es muy respetuoso de la libertad, muy respetuoso. San Agustín utiliza una expresión muy bella al respecto, diciendo: "Dios, que creó sin tí, no puede salvarte sin tí" (Sermo CLXIX,

13). Y ciertamente no porque no tenga capacidad -¡es omnipotente! - sino porque, siendo amor, respeta al máximo nuestra libertad. Dios se propone, no se impone, nunca.

Así, volvamos a la parábola: el rey -dice el texto- "envió a sus siervos a llamar a los in-

Esto es lo que Dios prepara para nosotros: un banquete, para estar en comunión con Él y entre nosotros. Y nosotros, todos nosotros, somos por tanto los invitados de Dios

vitados a la boda, pero éstos no quisieron venir" (v. 3). He aquí el drama de la historia: el "no" a Dios. Pero, ¿por qué rechazan los hombres su invitación? ¿Acaso era una invitación desagradable? No, y sin embargo -dice el Evangelio- "no les importó, y se fueron unos a su campo y otros a sus negocios" (v. 5). No les importa, porque piensan en sus propios asuntos. Y aquel rey, que es padre, Dios, ¿qué hace? No se da por vencido, sigue invitando, es más, amplía la invitación, hasta que encuentra quien la acepte, entre los pobres. Entre ellos, que saben que disponen de poco, acuden muchos, hasta llenar la sala (cf. vv. 8-10).

Hermanos y hermanas, ¡cuántas veces no atendemos a la invitación de Dios porque estamos ocupados pensando en nuestras cosas! A menudo luchamos por tener

nuestro tiempo libre, pero hoy Jesús nos invita a encontrar el tiempo que libera: aquel tiempo para dedicar a Dios, que nos alivia y sana el corazón, que aumenta en nosotros la paz, la confianza y la alegría, que nos salva del mal, de la soledad y de la pérdida de sentido. Vale la pena, porque es bueno estar con el Señor, hacerle un espacio. ¿Dónde? En la Misa, en la escucha de la Palabra, en la oración y también en la caridad, porque ayudando a quien es débil o pobre, haciendo compañía a quien está solo, escuchando a quien pide atención, consolando a quien sufre, se está con el Señor, que está presente en quien padece necesidades. Muchos, sin embargo, piensan que estas co-

sas son "pérdida de tiempo", y por eso se encierran en su mundo privado; y eso es triste. Y esto produce tristeza. ¡Tantos corazones tristes por esto, por estar cerrados! Preguntémosnos, entonces: ¿cómo respondo yo a las invitaciones de Dios? ¿Qué espacio le doy en mis jornadas? ¿La calidad de mi vida depende de mis negocios y de mi tiempo libre, o más bien de mi amor al Señor y a mis hermanos, especialmente a los más necesitados?

Que María, que con un "sí" hizo espacio a Dios, nos ayude a no ser sordos a sus invitaciones.

Después de la oración del Ángelus, el Papa lanzó llamamientos de paz no solo para Tierra Santa, sino también para Ucrania y Nagorno Karabaj, después habló de la publicación de la exhortación apostólica sobre santa Teresa de Lisieux.



Además expresó cercanía a la comunidad judía de Roma, en la vigilia del 80º aniversario de la redada nazi. Finalmente saludó a los varios grupos presentes, entre los cuales más de cuatrocientos jóvenes de la Comunidad Nuevos Horizontes, comprometidos en la "Misión de calle" en Roma.

Queridos hermanos y hermanas:

Sigo con mucho dolor lo que sucede en Israel y Palestina. Pienso en tantos..., especialmente en los pequeños y en los ancianos. Renuevo mi llamado para la liberación de los rehenes y pido

con fuerza que los niños, los enfermos, los ancianos, las mujeres y todos los civiles no sean víctimas del conflicto. Que se respete el derecho humanitario, especialmente en Gaza, donde es urgente y necesario garantizar corredores humanitarios y socorrer a toda la población. Hermanos y hermanas, ya han muerto muchísimos. Por favor, ¡que no se derrame más sangre inocente, ni en Tierra Santa, ni en Ucrania, ni en ningún otro lugar! ¡Basta ya! ¡Las guerras son siempre una derrota, siempre!

La oración es la fuerza suave y santa para oponerse a la fuerza diabólica del odio, del terrorismo y de la guerra. Invito a todos los creyentes a unirse a la Iglesia en Tierra Santa y a dedicar el próximo martes, 17 de octubre, a la oración y al ayuno. Y ahora recemos a la Virgen.

[Ave María]

Mi preocupación por la crisis de Nagorno-Karabaj no ha disminuido. Además de la situación humanitaria de los desplazados -que es grave-, quisiera hacer un llamado especial a la protección de los monasterios y lugares de culto de la región. Espero que, empezando por las Autoridades y todos los habitantes, puedan ser respetados y protegidos como parte de la cultura local, expresiones de la fe y signo de una fraternidad que hace posible convivir en la diferencia.

Hoy se publica una Exhortación apostólica sobre Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, titulada "C'est la confiance": en efecto, como dio testimonio esta gran santa y Doctora de la Iglesia, es la confianza en el amor misericordioso de Dios el camino que nos conduce al corazón del Señor y de su Evangelio.

Expreso mi cercanía a la comunidad judía de Roma, que mañana conmemora el 80º aniversario de la redada nazi.

Los saludo a todos ustedes, romanos y peregrinos de Italia y de muchas partes del mundo, especialmente a la Archicofradía del Gonfalone de Subiaco y al Club "Fiat 500" de Roma.

Saludo a los más de 400 jóvenes misioneros de "Nuovi Orizzonti" y de otras asociaciones y comunidades, que desde ayer y hasta el próximo domingo están comprometidos en la "Misión de calle" aquí en Roma, yendo a los lugares de encuentro de los jóvenes, a las escuelas, a los hospitales, a las cárceles y a las calles para anunciar la alegría del Evangelio. ¡Qué listos son ellos! Los apoyamos con la oración en su compromiso de escuchar el grito de tantos jóvenes y de tantas personas necesitadas de amor.

Miro las banderas de Ucrania... no olvidemos a la atormentada Ucrania.

Les deseo a todos un buen domingo.

Y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unusquisque suam Non proculdehinc

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
Director editorial
ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photos@spcva
www.photos@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros
Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@direzione.system@ilsole24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.
San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5318 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 431 67 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe



Mensaje de Francisco a los 200 años de la muerte de Papa Chiaramonti

Pío VII pastor valiente y embajador de paz

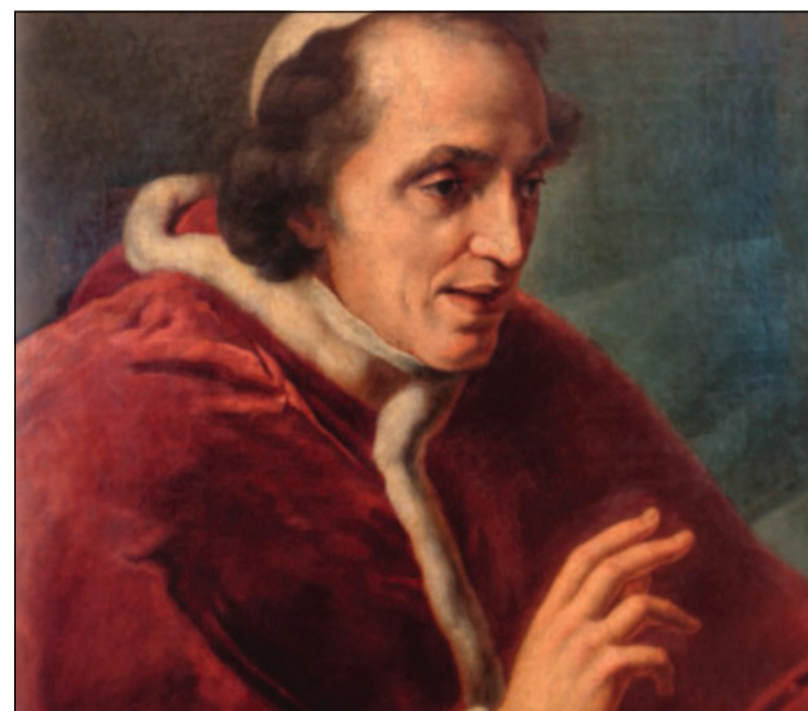
Entre situaciones históricas complejas el Papa Pío VII supo ser «pastor valiente» y «embajador de paz». Lo afirma el Papa Francisco en el mensaje enviado al obispo de Cesena-Sarsina, monseñor Douglas Regattieri, con ocasión del bicentenario de la muerte del siervo de Dios Pío VII (1742-1823). Se abrieron el pasado 20 de agosto las celebraciones por el Papa Chiaramonti, concluirán el mismo día de 2024.

Al querido hermano Mons. Douglas Regattieri Obispo de Cesena-Sarsina

El significativo aniversario del bicentenario de la muerte del siervo de Dios Papa VII, es para mí una feliz ocasión para dirigir un cordial saludo a usted, querido hermano, y a toda la comunidad civil y eclesial cesenaticense-sarsinate,

fue llamado a ser obispo en dos diócesis diferentes. Como pastor destacó por su carisma y bondad de alma; de hecho, durante los años de su ministerio episcopal no dudó en esforzarse personalmente por cuidar del pueblo, comprometiéndose con dedicación a aliviar los numerosos sufrimientos de quienes se encontraban afligidos por condiciones precarias.

Ciertamente, si consideramos el periodo histórico en el que vivió el Papa Pío VII, no podemos dejar de señalar la gran sabiduría con la que supo hacerse «embajador de paz» con los que ejercían el poder temporal. Delante de un escenario político controvertido y de una acción engañosa que amenazaba la *salus animarum*, él,



que recuerda con reconocimiento a un ilustre hijo, pastor valiente, defensor atento de la Iglesia. A los que forman parte de las numerosas iniciativas que caracterizan «el año chiaramontiano» deseo hacer llegar mi paterna cercanía junto a mis mejores deseos.

Al releer la vida de este venerado predecesor, personalidad de profunda fe, mansedumbre, humanidad y misericordia, que se destacó por competencia y prudencia frente a quien impedía la *Libertas Ecclesiae*, florecen sentimientos de gratitud y admiración por la herencia espiritual dejada y la franqueza evangélica con la que sostuvo las difíciles pruebas durante los veintitrés años de pontificado. A pesar de las turbulencias políticas y sociales que han marcado ese siglo, él, abandonándose confiado en la voluntad de Dios, acogió la humillación del exilio con ejemplo docilidad, ofreciendo todo al Señor por el bien de la Iglesia.

El Papa Chiaramonti fue un hombre de inteligencia con visión de futuro, que se forjó primero en la abadía benedictina de Cesena y sucesivamente en la de San Pablo extramuros en Roma, adquiriendo así una vasta preparación teológica puesta después a disposición del mundo académico. Asimismo, además de la contrastada cultura de le acompañaba, unida a las evidentes virtudes que poseía, desde joven

con la tranquilidad de quien confía siempre en la intervención providente de Dios, hizo todo lo posible para no fracasar en su misión de «custodio y guía del rebaño» y, a pesar de las restricciones impuestas, continuó sin temor alguno anunciando la fuerza consoladora del Evangelio de Cristo, según el espíritu de las Bienaventuranzas que llama hijos de Dios a los que trabajan por la paz (cfr. *Mt* 5,9).

Querido hermano, entrego a los fieles de esta diócesis la tarea de dar a conocer de forma adecuada la vida y obra pastoral de este apreciado sucesor del apóstol Pedro, vuestro amado conciudadano, para que pueda suscitar la misma pasión al servicio del prójimo y de la edificación de una sociedad armoniosa, e indicar la paz como camino de esperanza, de diálogo respetuoso y de cristiana reconciliación. Mientras os encomiendo a la materna protección de la Virgen María, invocando la intercesión del Siervo de Dios Papa Pío VII, con gusto os bendigo a cada uno, y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí.

Fraternalmente

Roma, san Juan de Letrán, 21 de septiembre 2023

Fiesta de S. Mateo Apóstol y Evangelista

FRANCISCO

El Pontífice a la Cumbre sobre Liderazgo del Colegio San Carlo de Milán

El sueño de cambiar el mundo

Publicamos el texto del mensaje enviado por el Papa Francisco a los participantes de la Cumbre sobre Liderazgo del Colegio San Carlo de Milán, que se celebró el 13 y 14 de octubre.

¡Queridos jóvenes!

He sabido que en el próximo mes de octubre se celebrará en el Colegio San Carlo de Milán el «Leadership Summit» y deseo dirigir a vosotros y a todos los participantes mi saludo y mis mejores deseos, que acompañen con una breve reflexión.

En este tiempo marcado por graves crisis sociales y climáticas, junto a vuestros profesores y educadores os estáis interrogando sobre cómo contribuir al cambio del mundo. Esto es muy positivo. De hecho, es importante que tengáis grandes sueños: ¡también Dios los tiene! Y es importante encontrar adultos que no apaguen los sueños, sino que os ayuden a interpretarlos y cumplirlos. ¡Comparad siempre vuestros sueños con los de Dios!

Si después queréis vivir el cambio de protagonistas, os invito a descubrir la fascinación inagotable de la persona de Jesús: Él hace nuevas todas las cosas; Él revela una autoridad diferente de la que exhiben los poderosos de ayer y de hoy. La suya es una forma de transformar las situaciones que no abrumba, sino que eleva, no obliga sino que libera. Jesús transforma al hombre desde dentro, también a cada uno de voso-

tros, para que podáis expresar vuestras mejores energías y los talentos que tenéis que hacer fructificar. Seguidle a Él con plena confianza, pensando en vuestro crecimiento no como un levantaros por encima de los demás, sino como un abajarse al servicio de los otros. El más grande es aquel que sabe inclinarse sobre quien ha caído y hacerse cargo un poco de sus pesos, con una ternura que es verdadera fuerza.

He visto que queréis ser protagonistas valorando de la mejor forma los cinco sentidos que Dios nos ha donado. Esto es sabio, porque la realidad es superior a las ideas y requiere apertura, atención, compasión, requiere una «sensibilidad» integral. Y permitidme recordaros que de esta sensibilidad forman parte también la que los maestros de sabiduría llaman los «sentidos espirituales». Estos no se oponen a los psicofísicos, sino que les iluminan y les potencian. Os lo digo porque el vuestro es un instituto educativo católico, y «católico» quiere decir precisamente que tiene una visión abierta e integral de la persona humana, en todas sus dimensiones, la que la Sagrada Escritura nos revela y que Jesucristo ha realizado en plenitud.

Queridos estudiantes, ¡atesorad estas oportunidades que la escuela os ofrece! No hay que darlas por descontado. Muchos de vuestros coetáneos en el mundo,



especialmente chicas, no tienen ni siquiera la posibilidad de estudiar. Comprometeos también por ellos, y luchad también por sus derechos. Porque la fe es «una llama que se hace más viva cuanto más se conoce, se transmite, para que todos conozcan, amen y profesen a Jesucristo, que es el Señor de la vida y de la historia» (*Homilía en la misa de la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud, Río de Janeiro, 28 de julio de 2013*).

Os doy las gracias por vuestro compromiso. Os bendigo de corazón, a vuestros profesores y educadores y a vuestras familias. San Carlo y la Virgen María os ayudan a sentir la alegría del Evangelio y a tratar de encarnarlo en la vida. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 19 de septiembre 2023

FRANCISCO

El Papa en la Jornada Mundial de la Alimentación

El agua no es mercancía de intercambio sino derecho y patrimonio de todos

«Jamás ha de conceptuarse el agua como mera mercancía, como un producto de intercambio o un artículo para especular». Lo ha escrito el Papa Francisco en el mensaje enviado al director general de la FAO con ocasión de la Jornada mundial de la alimentación, que este año tiene por tema «El agua es vida, el agua es alimento. No dejar a nadie atrás».

A SU EXCELENCIA EL SEÑOR QU DONGYU DIRECTOR GENERAL DE LA FAO EXCELENCIA:

La Jornada Mundial de la Alimentación se celebra en una coyuntura en la que la miseria y el desaliento no dan tregua a numerosos hermanos nuestros. En efecto, el grito de angustia y desesperación de los pobres debe despertarnos del letargo que nos atenaza e interpelar nuestras conciencias. La condición de hambre y desnutrición que hierde gravemente a tantos seres humanos es el resultado de un inícuo cúmulo de injusticias y desigualdades que deja a muchos tirados en la cuneta de la vida y permite que unos pocos se instalen en un estado de ostentación y opulencia. Esto se aplica no sólo a los alimentos, sino también a todos los recursos básicos, cuya inaccesibilidad para muchas personas representa una afrenta a su dignidad intrínseca, otorgada por Dios. Es, sin duda, un insulto que debería sonrojar a toda la humanidad y movilizar a la comunidad internacional.

En este sentido, el tema que centra las reflexiones de la Jornada de este año: «El agua es vida, el agua es alimento. No dejar a nadie atrás», invita a subrayar el valor insustituible de este recurso para todos los seres vivos de nuestro planeta, de lo que se deriva la perentoriedad de planificar e implementar su gestión de manera sabia, cuidadosa y sostenible, de forma que todos puedan disfrutarlo para satisfacer sus necesidades sustanciales, y se pueda también sostener e impulsar el adecuado desarrollo humano, sin que nadie sea excluido.

El agua es vida porque garantiza la supervivencia; sin embargo, en la actualidad este recurso se ve amenazado por serios desafíos en términos de cantidad y calidad.

En muchos lugares del planeta, nuestros hermanos padecen enfermedades o mueren precisamente por la ausencia o escasez de agua potable. Las sequías provocadas por el cambio climático están dejando yermas vastas regiones y causando enormes estragos en ecosistemas y poblaciones. La gestión arbitraria de los recursos hídricos, su distorsión y contaminación dañan especialmente a los indigentes y constituyen un vergonzoso agravio ante el que no podemos quedarnos de brazos cruzados. Por el contrario, de manera apremiante, hemos de reconocer que «el acceso al agua potable y segura es un derecho humano básico, fundamental y universal, porque determina la supervivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos» (Carta enc. *Laudato si'*, n. 30). Por eso, es imprescindible invertir más en infraestructuras, en redes de alcantarillado, en sistemas de saneamiento y depuración de aguas residuales, en particular en las zonas rurales más remotas y deprimidas. Es importante asimismo elaborar modelos educativos y culturales que sensibilicen a la sociedad para que se respete y preserve este bien primario. Jamás ha de conceptuarse el agua como mera mercancía, como un producto de intercambio o un artículo para especular.

El agua es alimento porque es esencial para lograr la seguridad alimentaria, siendo un medio de producción y un componente indispensable para la agricultura. En los cultivos, es necesario fomentar programas eficaces que eviten las pérdidas en las conducciones de riego agrícola; emplear plaguicidas y fertilizantes orgánicos e inorgánicos que no contaminen el agua; favorecer asimismo medidas que salvaguarden la disponibilidad de los recursos hídricos para impedir que una escasez aguda se convierta en causa de conflictos entre comunidades, pueblos y naciones. Además, la ciencia y la innovación tecnológica y digital han de ponerse al servicio de un equilibrio sostenible entre el consumo y los recursos disponibles, evitando impactos negativos en los ecosistemas y perjuicios irreversibles en el medio ambiente. Por ello los organismos internacionales, los gobiernos, la sociedad civil,

la empresa, las instituciones académicas y de investigación, así como otras entidades han de aunar voluntades y sumar ideas para que el agua sea patrimonio de todos, se distribuya mejor y se gestione de forma sostenible y racional.

Finalmente, la celebración de la Jornada Mundial de la Alimentación ha de servir también para recordar que la cultura del descarte ha de ser incisivamente contrarrestada con acciones basadas en una cooperación responsable y leal por parte de todos. Nuestro mundo es demasiado interdependiente y no puede darse el lujo de dividirse en bloques de países que promueven sus intereses de forma espuria y sesgada. Estamos llamados, en cambio, a pensar y actuar en términos de comunidad, de solidaridad, tratando de dar prioridad a la vida de todos por encima de la apropiación de bienes por parte de algunos.

Señor Director General, lamentablemente hoy asistimos a una escandalosa polarización de las relaciones internacionales debido a las crisis y enfrentamientos existentes. Se desvían hacia la producción y el comercio de armas ingentes recursos financieros y tecnologías innovadoras que podrían emplearse para que el agua fuera fuente de vida y progreso para todos. Nunca antes ha sido tan urgente convertirnos en promotores del diálogo y artífices de la paz. La Iglesia no se cansa de sembrar aquellos valores que edifiquen una civilización que encuentre en el amor, el respeto mutuo y la ayuda recíproca una brújula para orientar sus pasos, volcándose sobre todo en los hermanos que más sufren, como los hambrientos y los sedientos.

Con estos deseos, al tiempo que agradezco a la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura cuanto realiza para promocionar el desarrollo agrícola, una nutrición sana y suficiente para cada persona y un uso sostenible del agua, invoco abundantes bendiciones celestiales sobre cuantos luchan por un mundo mejor y más fraterno.

Vaticano, 16 de octubre de 2023

FRANCISCO

Exhortación apostólica *C'est la confiance* del Santo Padre Francisco sobre la confianza en e

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA
C'EST LA CONFIANCE
 DEL SANTO PADRE
 FRANCISCO
 SOBRE LA CONFIANZA
 EN EL AMOR MISERICORDIOSO
 DE DIOS CON MOTIVO
 DEL 150º ANIVERSARIO
 DEL NACIMIENTO
 DE SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS Y DE LA
 SANTA FAZ

C'est la confiance

1. «*C'est la confiance et rien que la confiance qui doit nous conduire à l'Amour*»: «La confianza, y nada más que la confianza, puede conducirnos al Amor». [1]

2. Estas palabras tan contundentes de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz lo dicen todo, resumen la genialidad de su espiritualidad y bastarían para justificar que se la haya declarado doctora de la Iglesia. Sólo la confianza, “nada más”, no hay otro camino por donde podamos ser conducidos al Amor que todo lo da. Con la confianza, el manantial de la gracia desborda en nuestras vidas, el Evangelio se hace carne en nosotros y nos convierte en canales de misericordia para los hermanos.

3. Es la confianza la que nos sostiene cada día y la que nos mantendrá de pie ante la mirada del Señor cuando nos llame junto a Él: «En la tarde de esta vida, compareceré delante de ti con las manos vacías, pues no te pido, Señor, que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, yo quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de Ti mismo». [2]

4. Teresita es una de las santas más conocidas y queridas en todo el mundo. Como sucede con san Francisco de Asís, es amada incluso por no cristianos y no creyentes. También ha sido reconocida por la UNESCO entre las figuras más significativas para la humanidad contemporánea. [3] Nos hará bien profundizar su mensaje al conmemorar el 150.º aniversario de su nacimiento, que tuvo lugar en Alençon el 2 de enero de 1873, y el centenario de su beatificación. [4] Pero no he querido hacer pública esta Exhortación en alguna de esas fechas, o el día de su memoria, para que este mensaje vaya más allá de esa celebración y sea asumido como parte del tesoro espiritual de la Iglesia. La fecha de esta publicación, memoria de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz como fruto maduro de la reforma del Carmelo y de la espiritualidad de la gran santa española.

5. Su vida terrena fue breve, apenas veinticuatro años, y sencilla como una más, transcurrida primero en su familia y luego en el Carmelo de Lisieux. La extraordinaria carga de luz y de amor que irradiaba su persona se manifestó inmediatamente después de su muerte con la publicación de sus escritos y con las innumerables gracias obtenidas por los fieles que la invocaban.

6. La Iglesia reconoció rápidamente el valor extraordinario de su figura y la originalidad de su espiritualidad evangélica. Teresita conoció al Papa León XIII con motivo de la peregrinación a Roma en 1887 y le pidió permiso para entrar en el Carmelo a la edad de quince años. Poco después de su muerte, san Pío X percibió su enorme estatura espiritual, tanto que afirmó que se convertiría en la santa más grande de los tiempos modernos. Declarada venerable en 1921 por Benedicto XV, que elogió sus virtudes centrándolas en el “caminito” de la infancia espiritual, [5] fue beatificada hace cien años y luego canonizada el 17 de mayo de 1925 por Pío XI, quien agradeció al Señor por permitirle que Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz fuera “la primera beata que elevó a los honores de los altares y la primera santa canonizada por él”. [6] El mismo Papa la declaró patrona de las Misiones en 1927. [7] Fue proclamada una de las patronas de Francia en 1944 por el venerable Pío XII, [8] que en varias ocasiones profundizó el tema de la infancia espiritual. [9] A san Pablo VI le gustaba recordar su bautismo, recibido el 30 de septiembre de 1897, día de la muerte de santa Teresita, y en el centenario de su nacimiento dirigió al obispo de Bayeux y Lisieux un escrito sobre su doctrina. [10] Durante su primer viaje apostólico a Francia, en junio de 1980, san Juan Pablo II fue a la basílica dedicada a ella y en 1997 la declaró doctora de la Iglesia, [11] considerándola además «como experta en la *scientia amoris*». [12] Benedicto XVI retomó

el tema de su “ciencia del amor”, proponiéndola como «guía para todos, sobre todo para quienes, en el pueblo de Dios, desempeñan el ministerio de teólogos». [13] Finalmente, tuve la alegría de canonizar a sus padres Luis y Celia en el año 2015, durante el Sínodo sobre la familia, y recientemente le dediqué una catequesis en el ciclo sobre el celo apostólico. [14]

1. Jesús para los demás

7. En el nombre que ella eligió como religiosa se destaca Jesús: el “Niño” que manifiesta el misterio de la Encarnación y la “Santa Faz”, es decir, el rostro de Cristo que se entrega hasta el fin en la Cruz. Ella es “santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz”.

8. El Nombre de Jesús es continuamente “respirado” por Teresa como acto de amor, hasta el último aliento. También había grabado estas palabras en su celda: “Jesús es mi único amor”. Fue su interpretación de la afirmación culminante del Nuevo Testamento: «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16).

Alma misionera

9. Como sucede en todo encuentro auténtico con Cristo, esta experiencia de fe la convocaba a la misión. Teresita pudo definir su misión con estas palabras: «En el cielo deseé lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar». [15] Escribió que había entrado al Carmelo «para salvar almas». [16] Es decir, no entendía su consagración a Dios sin la búsqueda del bien de los hermanos. Ella compartía el amor misericordioso del Padre por el hijo pecador y el del Buen Pastor por las ovejas perdidas, lejanas, heridas. Por eso es patrona de las misiones, maestra de evangelización.

10. Las últimas páginas de Historia de un alma [17] son un testimonio misionero, expresan su modo de entender la evangelización por atracción, [18] no por presión o proselitismo. Vale la pena leer cómo lo sintetiza ella misma: «“Atráeme, y correremos tras el olor de tus perfumes”. ¡Oh, Jesús!, ni siquiera es, pues, necesario decir: Al atraerme a mí, atrae también a las almas que amo. Esta simple palabra, “Atráeme”, basta. Lo entiendo, Señor. Cuando un alma se ha dejado fascinar por el perfume embriagador de tus perfumes, ya no puede correr sola, todas las almas que ama se ven arrastradas tras de ella. Y eso se hace sin tensiones, sin esfuerzos, como una consecuencia natural de su propia atracción hacia ti. Como un torrente que se lanza impetuosamente hacia el océano arrastrando tras de sí todo lo que encuentra a su paso, así, Jesús mío, el alma que se hunde en el océano sin riberas de tu amor atrae tras de sí todos los tesoros que posee... Señor, tú sabes que yo no tengo más tesoros que las almas que tú has querido unir a la mía». [19]

11. Aquí ella cita las palabras que la novia dirige al novio en el Cantar de los Cantares (1,3-4), según la interpretación profundizada por los dos doctores del Carmelo, santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. El Esposo es Jesús, el Hijo de Dios que se unió a nuestra humanidad en la Encarnación y la redimió en la Cruz. Allí, desde su costado abierto, dio a luz a la Iglesia, su amada Esposa, por la que entregó su vida (cf. Ef 5,25). Lo que llama la atención es cómo Teresita, consciente de que está cerca de la muerte, no vive este misterio encerrada en sí misma, sólo en un sentido consolador, sino con un ferviente espíritu apostólico.

La gracia que nos libera de la autorreferencialidad

12. Algo semejante ocurre cuando se refiere a la acción del Espíritu Santo, que adquiere de inmediato un sentido misionero: «Esa es mi oración. Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a Él que sea Él quien viva y quien actúe en mí.

Siento que cuanto más abrase mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré: “Atráeme”; y que cuanto más se acerquen las almas a mí (pobre trocito de hierro), más ligeras correrán tras los perfumes de su Amado. Porque un alma abrasada de amor no puede estar inactiva». [20]

13. En el corazón de Teresita, la gracia del bautismo se convierte en un torrente impetuoso que desemboca en el océano del amor de Cristo, arrastrando consigo una multitud de hermanas y hermanos, lo que ocurrió especialmente después de su muerte. Fue su prometida «lluvia de rosas». [21]

2. El caminito de la confianza y del amor

14. Uno de los descubrimientos más importantes de Teresita, para el bien de todo el Pueblo de Dios, es su “caminito”, el camino de la confianza y del amor, también conocido como el camino de la infancia espiritual. Todos pueden seguirlo, en cualquier estado de vida, en cada momento de la existencia. Es el camino que el Padre celestial revela a los pequeños (cf. Mt 11,25).

15. Teresita relató el descubrimiento del caminito en la Historia de un alma: [22] «A pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo». [23]

16. Para describirlo, usa la imagen del ascensor: «¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más». [24] Pequeña, incapaz de confiar en sí misma, aunque firmemente segura en la potencia amorosa de los brazos del Señor.

17. Es el “dulce camino del amor”, [25] abierto por Jesús a los pequeños y a los pobres, a todos. Es el camino de la verdadera alegría. Frente a una idea pelagiana de santidad, [26] individualista y elitista, más ascética que mística, que pone el énfasis principal en el esfuerzo humano, Teresita subraya siempre la primacía de la acción de Dios, de su gracia. Así llega a decir: «Sigo teniendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos —que no tengo ninguno—, sino en Aquel que es la Virtud y la Santidad mismas. Sólo Él, conformándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta Él y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará santa». [27]

Más allá de todo mérito

18. Este modo de pensar no contrasta con la tradicional enseñanza católica sobre el crecimiento de la gracia; es decir que, justificados gratuitamente por la gracia santificante, somos transformados y capacitados para cooperar con nuestras buenas acciones en un camino de crecimiento en la santidad. De este modo somos elevados de tal manera que podemos tener reales méritos para el desarrollo de la gracia recibida.

19. Teresita, sin embargo, prefiere destacar el primado de la acción divina e invitar a la confianza plena mirando el amor de Cristo que se nos ha dado hasta el fin. En el fondo, su enseñanza es que, dado que no podemos tener certeza alguna mirándonos a nosotros mismos, [28] tampoco podemos tener certeza de poseer méritos propios. Entonces no es posible confiar en estos esfuerzos o cumplimientos. El Catecismo ha querido citar las palabras de santa Teresita cuando dice al Señor: «Compareceré delante de ti con las manos vacías», [29] para expresar que «los santos han tenido siempre una conciencia viva de que sus méritos eran pura gracia». [30] Esta convicción despierta una go-



zosa y tierna gratitud.

20. Por consiguiente, la actitud más adecuada es depositar la confianza del corazón fuera de nosotros mismos: en la infinita misericordia de un Dios que ama sin límites y que lo ha dado todo en la Cruz de Jesucristo. [31] Por esta razón Teresita nunca usa la expresión, frecuente en su tiempo, “me haré santa”.

21. Sin embargo, su confianza sin límites alienta a quienes se sienten frágiles, limitados, pecadores, a dejarse llevar y transformar para llegar alto: «Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud». [32]

22. Esta misma insistencia de Teresita en la iniciativa divina hace que, cuando habla de la Eucaristía, no ponga en primer lugar su deseo de recibir a Jesús en la sagrada comunión, sino el deseo de Jesús que quiere unirse a nosotros y habitar en nuestros corazones. [33] En la Ofrenda al amor misericordioso, sufriendo por no poder recibir la comunión todos los días, dice a Jesús: «Quédate en mí como en el sagrario». [34] El centro y el objeto de su mirada no es ella misma con sus necesidades, sino Cristo que ama, que busca, que desea, que habita en el alma.

El abandono cotidiano

23. La confianza que Teresita promueve no debe entenderse sólo en referencia a la propia santificación y salvación. Tiene un sentido integral, que abraza la totalidad de la existencia concreta y se aplica a nuestra vida entera, donde muchas veces nos abruma los temores, el deseo de seguridades humanas, la necesidad de tener todo bajo nuestro control. Aquí es donde aparece la invitación al santo “abandono”.

24. La confianza plena, que se vuelve abandono en el Amor, nos libera de los cálculos obses-

el amor misericordioso de Dios



sivos, de la constante preocupación por el futuro, de los temores que quitan la paz. En sus últimos días Teresita insistía en esto: «Los que corremos por el camino del amor creo que no debemos pensar en lo que pueda ocurrirnos de doloroso en el futuro, porque eso es faltar a la confianza». [35] Si estamos en las manos de un Padre que nos ama sin límites, eso será verdad pase lo que pase, saldremos adelante más allá de lo que ocurra y, de un modo u otro, se cumplirá en nuestras vidas su proyecto de amor y plenitud.

Un fuego en medio de la noche

25. Teresita vivía la fe más fuerte y segura en la oscuridad de la noche e incluso en la oscuridad del Calvario. Su testimonio alcanzó el punto culminante en el último período de su vida, en la gran «prueba contra la fe», [36] que comenzó en la Pascua de 1896. En su relato, [37] ella pone esta prueba en relación directa con la dolorosa realidad del ateísmo de su tiempo. Vivió de hecho a finales del siglo XIX, que fue la «edad de oro» del ateísmo moderno, como sistema filosófico e ideológico. Cuando escribió que Jesús había permitido que su alma «se viese invadida por las más densas tinieblas», [38] estaba indicando la oscuridad del ateísmo y el rechazo de la fe cristiana. En unión con Jesús, que recibió en sí toda la oscuridad del pecado del mundo cuando aceptó beber el cáliz de la Pasión, Teresita percibe en esa noche tenebrosa la desesperación, el vacío de la nada. [39]

26. Pero la oscuridad no puede extinguir la luz: ella ha sido conquistada por Aquel que ha venido al mundo como luz (cf. *Jn* 12,46). [40] El relato de Teresita manifiesta el carácter heroico de su fe, su victoria en el combate espiritual, frente a las tentaciones más fuertes. Se siente hermana de los ateos y sentada, como Jesús, a la mesa con los pecadores (cf. *Mt* 9,10-13). Intercede por ellos, mientras renueva continuamente su acto de fe, siempre en comunión amorosa con el Señor: «Corro hacia mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la

última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo; le digo que me alegro de no gozar de ese hermoso cielo aquí en la tierra para que Él lo abra a los pobres incrédulos por toda la eternidad». [41]

27. Junto con la fe, Teresa vive intensamente una confianza ilimitada en la infinita misericordia de Dios: «la confianza puede conducirnos al Amor». [42] Vive, aun en la oscuridad, la confianza total del niño que se abandona sin miedo en los brazos de su padre y de su madre. Para Teresita, de hecho, Dios brilla ante todo a través de su misericordia, clave de comprensión de cualquier otra cosa que se diga de Él: «A mí me ha dado su misericordia infinita, ¡y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de amor; incluso la justicia (y quizás ésta más aún que todas las demás) me parece revestida de amor». [43] Este es uno de los descubrimientos más importantes de Teresita, una de las mayores contribuciones que ha ofrecido a todo el Pueblo de Dios. De modo extraordinario penetró en las profundidades de la misericordia divina y de allí sacó la luz de su esperanza ilimitada.

Una firmísima esperanza

28. Antes de su entrada en el Carmelo, Teresita había experimentado una singular cercanía espiritual con una de las personas más desventuradas, el criminal Henri Pranzini, condenado a muerte por triple asesinato y no arrepentido. [44] Al ofrecer la Misa por él y rezar con total confianza por su salvación, sin dudar lo pone en contacto con la Sangre de Jesús y dice a Dios que está segurísima de que en el último momento Él lo perdonaría y que ella lo creería «aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento». Da la razón de su certeza: «Tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús». [45] Cuánta emoción, luego, al descubrir que Pranzini, subido al cadalso, «de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el crucifijo que le presentaba el sacerdote ¡y besó por tres veces sus llagas sagradas...!». [46] Esta experiencia tan intensa de esperar contra toda esperanza fue fundamental para ella: «A partir de esta gracia sin igual, mi deseo de salvar almas fue creciendo de día en día». [47]

29. Teresita es consciente del drama del pecado, aunque siempre la vemos inmersa en el misterio de Cristo, con la certeza de que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (*Rm* 5,20). El pecado del mundo es inmenso, pero no es infinito. En cambio, el amor misericordioso del Redentor, este sí es infinito. Teresita es testigo de la victoria definitiva de Jesús sobre todas las fuerzas del mal a través de su pasión, muerte y resurrección. Moviada por la confianza, se atreve a plantear: «Jesús, haz que yo salve muchas almas, que hoy no se condenen ni una sola [...]. Jesús, perdóname si digo cosas que no debiera decir, sólo quiero alegrarte y consolarte». [48] Esto nos permite pasar a otro aspecto de ese aire fresco que es el mensaje de santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz.

3. Seré el amor

30. «Más grande» que la fe y la esperanza, la caridad nunca pasará (cf. *1 Co* 13,8-13). Es el mayor regalo del Espíritu Santo y es «madre y raíz de todas las virtudes». [49]

La caridad como trato personal de amor

31. La Historia de un alma es un testimonio de caridad, donde Teresita nos ofrece un comentario sobre el mandamiento nuevo de Jesús: «Ámense los unos a los otros, como yo los he amado» (*Jn* 15,12). [50] Jesús tiene sed de esta respuesta a su amor. De hecho, «no vacila en mendigar un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed... Pero al decir: «Dame de beber», lo que estaba pidiendo el Creador del universo era el amor de su pobre criatura. Tenía sed de amor». [51] Teresita quiere corresponder al amor de Jesús, devolverle amor por amor. [52]

32. El simbolismo del amor esponsal expresa la reciprocidad del don de sí entre el novio y la novia. Así, inspirada por el Cantar de los Cantares (2,16), escribe: «Yo pienso que el corazón de mi Esposo es sólo para mí, como el mío es sólo para él, y por eso le hablo en la soledad de este delicioso corazón a corazón, a la espera de llegar a contemplarlo un día cara a cara». [53]

Aunque el Señor nos ama juntos como Pueblo, al mismo tiempo la caridad obra de un modo personalísimo, «de corazón a corazón».

33. Teresita tiene la viva certeza de que Jesús la amó y conoció personalmente en su Pasión: «Me amó y se entregó por mí» (*Ga* 2,20). Contemplando a Jesús en su agonía, ella le dice: «Me has visto». [54] Del mismo modo le dice al Niño Jesús en los brazos de su Madre: «Con tu pequeña mano, que halagaba a María, sustentabas el mundo y la vida le dabas. Y pensabas en mí». [55] Así, también al comienzo de la Historia de un alma, ella contempla el amor de Jesús por todos y cada uno como si fuera único en el mundo. [56]

34. El acto de amor «Jesús, te amo», continuamente vivido por Teresita como la respiración, es su clave de lectura del Evangelio. Con ese amor se sumerge en todos los misterios de la vida de Cristo, de los cuales se hace contemporánea, habitando el Evangelio con María y José, María Magdalena y los Apóstoles. Junto a ellos penetra en las profundidades del amor del Corazón de Jesús. Veamos un ejemplo: «Cuando veo a Magdalena adelantarse, en presencia de los numerosos invitados, y regar con sus lágrimas los pies de su Maestro adorado, a quien toca por primera vez, siento que su corazón ha comprendido los abismos de amor y de misericordia del corazón de Jesús y que, por más pecadora que sea, ese corazón de amor está dispuesto, no sólo a perdonarla, sino incluso a prodigarle los favores de su intimidad divina y a elevarla hasta las cumbres más altas de la contemplación». [57]

El amor más grande en la mayor sencillez

35. Al final de la Historia de un alma, Teresita nos regaló su Ofrenda como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios. [58] Cuando ella se entregó en plenitud a la acción del Espíritu recibió, sin estridencias ni signos vistosos, la sobreabundancia del agua viva: «los ríos, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma». [59] Es la vida mística que, aun privada de fenómenos extraordinarios, se propone a todos los fieles como experiencia diaria de amor.

36. Teresita vive la caridad en la pequeñez, en las cosas más simples de la existencia cotidiana, y lo hace en compañía de la Virgen María, aprendiendo de ella que «amar es darle todo, darse incluso a sí mismo». [60] De hecho, mientras que los predicadores de su tiempo hablaban a menudo de la grandeza de María de manera triunfalista, como alejada de nosotros, Teresita muestra, a partir del Evangelio, que María es la más grande del Reino de los Cielos porque es la más pequeña (cf. *Mt* 18,4), la más cercana a Jesús en su humillación. Ella ve que, si los relatos apócrifos están llenos de episodios llamativos y maravillosos, los Evangelios nos muestran una vida humilde y pobre, que transcurre en la simplicidad de la fe. Jesús mismo quiere que María sea el ejemplo del alma que lo busca con una fe despojada. [61] María fue la primera en vivir el «caminito» en pura fe y humildad; así que Teresita no duda en escribir:

«Yo sé que en Nazaret, Madre llena de gracia, viviste pobremente sin ambición de más.

¡Ni éxtasis, ni raptos, ni sonoros milagros tu vida embellecieron, Reina del Santoral...! Muchos son en la tierra los pequeños y humildes:

sus ojos hacia ti pueden sin miedo alzar. Madre, te place andar por la vía común, para guiar las almas al feliz Más Allá». [62]

37. Teresita también nos ha ofrecido relatos que dan cuenta de algunos momentos de gracia vividos en medio de la sencillez diaria, como su repentina inspiración cuando acompañaba a una hermana enferma con carácter difícil. Pero siempre se trata de experiencias de una caridad más intensa vivida en las situaciones más ordinarias: «Una tarde de invierno estaba yo, como de costumbre, cumpliendo con mi tarea. Hacía frío y era de noche... De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; unas jóvenes elegantemente vestidas se hacían unas a otras toda suerte de cumplidos y de cortesías mundanas. Luego mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que estaba sosteniendo: en vez de una melodía, escuchaba de tanto en tanto sus gemidos lastimeros; en vez de ricos do-

rados, veía los ladrillos de nuestro austero claustro apenas alumbrado por una lucecita. No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sí sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, que excedían de tal forma el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad... No, no cambiaría los diez minutos que me llevó realizar mi humilde servicio de caridad por gozar mil años de fiestas mundanas». [63]

En el corazón de la Iglesia

38. Teresita heredó de santa Teresa de Ávila un gran amor a la Iglesia y pudo llegar a lo hondo de este misterio. Lo vemos en su descubrimiento del «corazón de la Iglesia». En una larga oración a Jesús, [64] escrita el 8 de septiembre de 1896, sexto aniversario de su profesión religiosa, la santa confió al Señor que se sentía animada por un inmenso deseo, por una pasión por el Evangelio que ninguna vocación por sí sola podía satisfacer. Y así, en busca de su «lugar» en la Iglesia, había releído los capítulos 12 y 13 de la Primera Carta de san Pablo a los corintios.

39. En el capítulo 12, el Apóstol utiliza la metáfora del cuerpo y sus miembros para explicar que la Iglesia incluye una gran variedad de carismas ordenados según un orden jerárquico. Pero esta descripción no es suficiente para Teresita. Ella continuó su investigación, leyó el «himno a la caridad» del capítulo 13, allí encontró la gran respuesta y escribió esta página memorable: «Al mirar el cuerpo místico de la Iglesia, yo no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o, mejor dicho, quería reconocermé en todos ellos... La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...! Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...! Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, Dios mío, eres tú quien me lo ha dado... En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... ¡¡¡Así mi sueño se verá hecho realidad...!!!». [65]

40. No es el corazón de una Iglesia triunfalista, es el corazón de una Iglesia amante, humilde y misericordiosa. Teresita nunca se pone por encima de los demás, sino en el último lugar con el Hijo de Dios, que por nosotros se convirtió en siervo y se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte en una cruz (cf. *Flp* 2,7-8).

41. Tal descubrimiento del corazón de la Iglesia es también una gran luz para nosotros hoy, para no escandalizarnos por los límites y debilidades de la institución eclesial, marcada por oscuridades y pecados, y entrar en su corazón ardiente de amor, que se encendió en Pentecostés gracias al don del Espíritu Santo. Es ese corazón cuyo fuego se aviva más aún con cada uno de nuestros actos de caridad. «Yo seré el amor», esta es la opción radical de Teresita, su síntesis definitiva, su identidad espiritual más personal.

Lluvia de rosas

42. Después de muchos siglos en que tantos santos expresaron con mucho fervor y belleza sus deseos de «ir al cielo», santa Teresita reconoció, con gran sinceridad: «Yo sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo)». [66] En otro momento dijo: «Cuando canto la felicidad del cielo y la eterna posesión de Dios, no experimento la menor alegría, pues canto simplemente lo que quiero creer». [67] ¿Qué ha sucedido? Que ella estaba escuchando la llamada de Dios a poner fuego en el corazón de la Iglesia más que a soñar con

El discurso de Francisco a los participantes en el Congreso de espiritualidad scalabriniana

Cada uno tiene derecho a vivir en la propia tierra de forma pacífica y digna

«Cada uno tiene derecho a migrar, con más razón tiene derecho a poder permanecer en la propia tierra y a vivir en ella de forma pacífica y digna». Lo reiteró el Papa a los participantes del Congreso de espiritualidad scalabriniana, recibidos en audiencia el sábado por la mañana 14 de octubre, en la Sala del Consistorio.

¡Queridos hermanos y hermanas, bienvenidos!

Os saludo a todos vosotros, contento de encontraros al finalizar el Congreso de espiritualidad scalabriniana. Habéis reflexionado sobre el versículo bíblico: «Yo vengo a reunir a todas las naciones» (Is 66,18), tema muy significativo para nuestro carisma. De hecho, san Juan Bautista Scalabrini, que os ha fundado como misioneros y misioneras para los migrantes, os ha enseñado, en el cuidar de ellos, a consideraros hermanos y hermanas en camino hacia la unidad, según las sentidas palabras de la oración sacerdotal de Jesús (cfr Jn 17,20-23).

Aclarémoslo bien: migrar no es un dulce peregrinar en comunión; a menudo es un drama. Y, como cada uno tiene derecho a migrar, así con más razón tiene derecho a poder permanecer en la propia tierra y a vivir de forma pacífica y digna. Sin embargo, la tragedia de migraciones forzadamente causadas por guerras, carestías, pobreza y dificultades ambientales está hoy bajo los ojos de todos. Y precisamente aquí entra en juego vuestra espiritualidad: ¿cómo disponer el corazón hacia estos hermanos y hermanas? ¿Con el apoyo de qué camino espiritual?

Scalabrini nos ayuda, precisamente mirando a los misioneros de los migrantes como a los cooperadores del Espíritu Santo para la unidad. La suya es una visión iluminada y original del fenómeno migratorio, visto como llamamiento a crear comunión en la caridad. Todavía como joven párroco, él mismo cuenta que se encontró, en la Estación Central de Milán, delante de un grupo de migrantes italianos que partían para América. Cuanta que vio «tres o cuatro cientos individuos pobremente vestidos, divididos en grupos diferentes. En los rostros [...] surcados por las arrugas prematuras que suelen imprimirles las privaciones, brillaba el tumulto de los afectos que agitaban sus corazones en aquel momento. [...] Eran emigrantes [...] Se disponían a abandonar la patria» (*La emigración italiana en América*, 1888). Imágenes lamentablemente habituales también para nosotros. Y el Santo, impresionado por esa gran miseria, comprendió que ahí había un signo de Dios para él: el llamamiento a asistir material y espiritualmente a esas personas, para que ninguno de ellos, dejado a sí mismo, se perdiera, perdiendo la fe; para que pudieran alcanzar, como dice el profeta Isaías, a la santa montaña de Jerusalén «de todas las naciones como oblación a Yahveh – en caballos, carros, literas, mulos y dromedarios» (66,20). Caballos, carros, literas, mulos y dromedarios, a los que podríamos añadir hoy pateras, camiones y embarcaciones de mar; pero el destino permanece el mismo, Jerusalén, la ciudad de la paz (cfr



Sal 122,3-9), la Iglesia, casa de todos los pueblos (cfr Is 56,7), donde la vida de cada uno es sagrada y valiosa. Sí, para Scalabrini esta Jerusalén es la Iglesia católica, es decir universal, y tal porque es “madre”, porque es ciudad abierta a cualquiera que busca una casa y un puerto seguro.

Y aquí hay un primer llamamiento para nosotros, a cultivar corazones ricos de catolicidad, es decir deseosos de universalidad y de unidad, de encuentro y de comunión. Es la invitación a

difundir una mentalidad de la cercanía – “cercanía”, esta palabra clave, es el estilo de Dios, que se hace cercano siempre – una espiritualidad, una mentalidad del cuidado y de la acogida, y a hacer crecer en el mundo, según las palabras de san Pablo VI, «la civilización del amor» (*Homilía para el solemne rito de clausura del Año Santo*, 25 de diciembre de 1975). Pero sería utópico pretender que todo esto pueda realizarse con tan solo las fuerzas humanas. Se trata más bien de cooperar con la acción del Espíritu

Santo, y por tanto de actuar en la historia bajo la guía y con la energía que viene de Dios: de dejarse conquistar por su infinita ternura para sentir y actuar según sus vías, que no siempre son las nuestras (cfr Is 55,8), para reconocerlo en quien es extranjero (cfr Mt 25,35) y para encontrar en Él la fuerza de amar gratuitamente. El extranjero. No olvidemos estas tres palabras del Antiguo Testamento: la viuda, el huérfano y el extranjero. Esto es algo importante en el Antiguo Testamento: el extranjero.

Y aquí está el segundo llamamiento que nos dirige el santo obispo de Piacenza, cuando insiste en la necesidad, para el misionero, de tener una relación de amor con Jesús, Hijo de Dios Encarnado, y de cultivarlo especialmente a través de la Eucaristía, celebrada y adorada. Subrayo esta palabra “adorada”. Pienso que hemos perdido el sentido de la adoración. Tenemos oraciones para hacer algo..., oraciones hermosas..., pero [es importante] en silencio, adorar. La mentalidad moderna nos ha quitado un poco este sentido de la adoración. Retomadlo, por favor, retomadlo.

Sabemos cuánto amaba Scalabrini la Adoración, a la que se dedicaba también de noche, no obstante, el cansancio por sus extenuantes ritmos de trabajo, a la cuales no renunciaba de día, ni siquiera en los momentos de mayor actividad. Él no se hacía ilusiones e invitaba a no hacerse ilusiones: ¡sin oración no hay misión! Decía: «[No] dejarse llevar por cierto deseo loco y desenfrenado de ayudar a los demás, descuidándose de sí mismos [...]». Es justo que hagáis todo por to-

dos; pero [...] acordaos de los Ángeles que ascendieron a Dios y descendieron a la tierra por la Escalera de Jacob [...]. De hecho, vosotros también sois ángeles del Señor» (*Alocución final al Sínodo Diocesano de Piacenza*, 4 de septiembre 1879). Subir a Dios es indispensable para después saber descender hasta la tierra, para ser “ángeles de abajo”, cerca de los últimos: no por casualidad la escalera de Jacob (cfr Gen 28,10-22) está precisamente en el centro del escudo episcopal de Scalabrini.

Por tanto, queridas hermanas, queridos hermanos, aquí tenéis una invitación a renovar vuestro compromiso por los migrantes, y a enraizarlo cada vez más en una intensa vida espiritual, siguiendo el ejemplo de vuestro fundador. Pero junto a esto quiero daros un grandísimo gracias, ¡por el gran trabajo que hacéis en todo el mundo! Desde los tiempos de Buenos Aires soy testigo de este trabajo, y lo hacéis muy bien. ¡Gracias, muchas gracias! Id adelante, Dios os bendiga. Y rezar, rezad también por mí, ¡porque este “trabajo” no es fácil!

El Pontífice a los participantes del Villaggio Coldiretti en Roma

El deber de extirpar el escándalo de la cultura del descarte

El deber de extirpar el escándalo de la cultura del descarte fue reiterado por el Papa Francisco en el mensaje a los participantes del Villaggio de la Coldiretti, que se celebró del 13 al 15 de octubre en el Circo Máximo de Roma. Publicamos el texto pontificio que fue leído por el cardenal Giovanni Battista Re, decano del colegio cardenalicio, durante la misa celebrada en la jornada final de la iniciativa.

Queridos hermanos y hermanas, os saludo cordialmente a todos vosotros, reunidos en Roma en este importante encuentro en el que están presentes agricultores y empresarios del sector agrícola procedentes de las distintas regiones de Italia. En la encíclica *Mater et Magistra*, san Juan XXIII quiso subrayar el valor enriquecedor del trabajo agrícola con el fin de la promoción integral de la persona, tanto en el plano humano, como eminente camino de realización individual y de desarrollo comunitario, como en el plano del espíritu, como participación a la realización del diseño providencial de Dios en la historia.

El agricultor – afirmaba el Sumo Pontífice – «debe concebir su trabajo como un mandato de Dios y una misión excelsa»^[1], en cuanto que aporta luz a la dimensión “responsorial” de la llamada del hombre a hacer progresar el Reino de los cielos.

La creación, de hecho, ha sido querida por Dios como un don y una herencia encomendada al hombre^[2]. Hecha en el Verbo eterno y por medio de él, esta no ha salido de las manos del Creador ya “terminada”, sino «en estado de vía», es decir abierta y directa a un cumplimiento. Al entregarla al hombre, como un bien a custodiar, Dios ha dispuesto que él contribuyera a dirigirla a esa perfección a la que está destinada y que será alcanzada al final de los tiempos^[3]. Por tanto, responder a la invitación de Dios, originario y siempre actual, hace brotar y dar fruto la tierra, transformarla con respeto y cuidado, significa cooperar al proyecto inicial de Dios.

El libro del Génesis evidencia desde el inicio cómo en el trabajo agrícola se ha



ofrecido al hombre la posibilidad de educarse a reconocer en la creación el signo de la alianza que Dios había estrechado con él. Después de haber hecho el cielo y la tierra, el Señor se dio cuenta que la tierra era árida y desnuda, sin hierba campestre, no solamente porque Él no había hecho llover, sino también porque no había nadie que trabajara el terreno, ni que hiciera subir de la tierra el agua en los canales para poder regar el suelo (cfr. Gen 2,4-6). Dios, entonces, plasmó al hombre con polvo del suelo, lo animó con su aliento vital, y plantó un maravilloso jardín para que «lo labrase y cuidase» (Gen 2,15).

El hombre está llamado por Dios a desarrollar con inteligencia una actividad técnica en la que está asociado el deber de un cuidado, no solo material, sino también moral. En la historia del Génesis, aprender a conocer las leyes de la agricultura, construir canales para modificar el curso de los ríos, son trabajos a realizar en vista de una doble ventaja: hacer la tierra más hermosa y más fecunda, mientras se hace que sea más humana, más acogedora y hospitalaria para la vida de sus habitantes. Mientras el hombre trabaja, cambia el mundo, pero cambia también a sí mismo volviéndose más responsable y generoso.

El dinamismo laborioso y generativo del trabajo agrícola se aclara ulteriormente a la luz de la revelación del Evangelio de Cristo: el mandamiento de Dios de «dominar la tierra» (Gen 1,26) se declina como participación a la realeza del Señor

crucificado y resucitado, en la lógica del amor que se hace servicio y que libera el mundo de la corrupción y de la caducidad del pecado (cfr. Rm 8,19-20).

Asistimos cada día al desarrollo de nuevas tecnologías, cada vez más eficientes y poderosas, gracias a las cuales el hombre es capaz de hacer crecer el propio poder en la naturaleza, a menudo forzando la tierra a dar fruto. El uso desconsiderado y coercitivo de la tecnología, aplicada a ritmos de producción insostenibles, sometida a modelos de consumo homogeneizadores, tiene un precio altísimo. Lo demuestra la crisis climática que estamos atravesando: el impacto ambiental de ritmos intensivos, hasta ahora adoptados, ha influido negativamente en los cultivos, creando círculos viciosos desde los que cada vez es más complejo salir. Más maltratamos la tierra, contaminando el agua y el aire, más espacio sustraemos a la biodiversidad, abatiendo los bosques y comprometiendo los ecosistemas, más difícil se hace afrontar la inestabilidad de los eventos meteorológicos. Cultivar la tierra mientras aumentan las olas de calor, las lluvias torrenciales, las heladas de frío imprevistas, hace el trabajo agrícola una tarea cada vez más difícil de realizar.

Paga el precio no solamente la naturaleza, sino también los pobres. Es la paradoja “escandalosa” de la cultura del descarte: producimos alimentos suficientes para alimentar a toda la población mundial, pero la mayor parte de ella vive sin el pan cotidiano. Por tanto, es deber de

todos extirpar esta injusticia mediante acciones concretas y buenas prácticas, a través de políticas locales e internacionales que tengan la valentía de elegir lo justo y no solamente lo útil, lo conveniente, lo rentable^[4]. Mientras reflexionáis sobre cómo valorar la singularidad y la calidad de los productos agroalimentarios *Made in Italy*, os invito a recordar a quienes carecen de lo necesario para alimentarse.

Por favor no os olvidéis de los pobres. Soñemos un mundo en el que el agua, el pan, el trabajo, las medicinas, la tierra, la casa, sean bienes disponibles para cada individuo.

Rezo para que el Señor pueda infundir sobre vosotros toda la valentía y el ardor de plantar semillas de paz que contribuyan a construir un mundo más fraterno e imploro a Dios, dador de todo bien, para que pueda concederos abundantes bendiciones.

Roma, San Juan de Letrán, 6 de octubre 2023

FRANCISCO

[1] Juan XXIII, Carta Encíclica *Mater et Magistra*, n. 135.

[2] Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 299.

[3] Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 302.

[4] Cf. Francisco, Mensaje del Santo Padre con ocasión del Pre-Summit sobre el “Food System Summit 2021”, (Ciudad del Vaticano, 26 de julio 2021).

El relator general presenta la sección B3 del «Instrumentum laboris»

Participación, responsabilidad y autoridad

Tuvo lugar la mañana del miércoles 18 de octubre, en el Aula Pablo VI, en presencia de los 345 participantes, la 12ª congregación general de la XVI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos. Presidente delegado de turno fue Luis Gerardo Cabrera Herrera, arzobispo de Guayaquil, en Ecuador. Durante los trabajos fue presentada a examen la sección B3 del «Instrumentum laboris», dedicada al tema «Participación, responsabilidad y autoridad. ¿Qué procesos, estructuras e instituciones son necesarios en una Iglesia sinodal misionera?». La presentó el relator general Jean-Claude Hollerich, arzobispo de Luxemburgo.

Buenos días a todos y bienvenidos. Creo que todos estamos de acuerdo cuando digo que estamos cansados. Es comprensible, después del trabajo que hemos realizado juntos, hermoso, apasionante, pero también exigente. Hoy comenzamos el cuarto Módulo de nuestra Asamblea, el último dedicado a examinar el contenido del *Instrumentum laboris*. Sutilmente, esto nos recuerda que nos acercamos al final. Pero cuidado: esto no debe convertirse en un motivo para disminuir nuestro empeño en nuestro trabajo, como si fuera la última semana de clase. De hecho, el final de esta primera sesión de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos coincide con el comienzo de una fase igualmente importante del proceso: el tiempo entre las dos sesiones, que nos compromete a devolver a las Iglesias de las que venimos los frutos de nuestro trabajo, recogidos en el Informe de Síntesis, y sobre todo a acompañar aquellos procesos locales que nos proporcionarán los elementos para concluir nuestro discernimiento el próximo año. Así, una vez volvamos a casa, estaremos llamados a una doble tarea. Por un lado, tendremos que difundir los resultados de esta primera sesión, implicando a nuestras Conferencias Episcopales, volviendo a convocar a los equipos sinodales, activando oportunas formas de comunicación de acuerdo con los medios que disponen nuestras comunidades, preparando los caminos de experiencias y profundización adecuados que juntos identificaremos, etc. Por otra parte, tendremos que empezar inmediatamente a planificar cómo recoger las reacciones de las Iglesias locales, los frutos de los intercambios y los caminos de experimentación y profundización, a fin de llegar «preparados» a la segunda sesión, es decir, cargados de una conciencia más clara del Pueblo de Dios sobre lo que significa ser una Iglesia sinodal y, sobre todo, que pasos nos pide el Señor que demos para llegar a serlo y así anunciar mejor su Evangelio.

Todo esto tiene mucho que ver con el cuarto Módulo, que aborda los temas de la Sección del *Instrumentum laboris*, la cual esta dedicada a la



Encuadra el QR para seguir las noticias del Sínodo

participación. Como siempre, el título y la pregunta que la acompaña nos guían: «Participación, responsabilidad y autoridad. ¿Qué procesos, estructuras e instituciones son necesarios en una Iglesia sinodal misionera?». Sabemos bien que este Sínodo será evaluado en función de los cambios perceptibles que de él se deriven. Los grandes medios de comunicación, sobre todo los más alejados de la Iglesia, están interesados en los posibles cambios en un número muy limitado de temas. No voy a enumerarlos porque todos los conocemos. Pero incluso las personas más cercanas a nosotros, nuestros colaboradores, los miembros de los consejos pastorales, las personas que están comprometidas en las parroquias se están preguntando qué cambiará para ellos, cómo podrán experimentar concretamente en sus vidas ese discipulado misionero y esa corresponsabilidad sobre los que hemos reflexionado en nuestro trabajo. Y se preguntan cómo es esto posible en una Iglesia todavía resulta poco sinodal, en la que sienten que su opinión no cuenta y que unos pocos o una sola persona decide todo. Estas personas están especialmente interesadas en los pequeños pero sensibles cambios en las cuestiones que nos disponemos a tratar en este Módulo.

Veamos un poco más de cerca estas cuestiones, es decir, las cinco fichas de trabajo en las que trabajarán nuestros Círculos Menores. La primera se refiere a la renovación del servicio de la autoridad. Ciertamente, no se pretende cuestionar la autoridad de los ministros ordenados y de los pastores: como sucesores de los apóstoles, los pastores tenemos una misión especial en la Iglesia. Pero somos pastores de hombres y mujeres que han recibido el bautismo, que quieren participar y ser

corresponsables en la misión de la Iglesia. Donde reina el clericalismo hay una Iglesia que no se mueve, una Iglesia sin misión. El clericalismo puede afectar al clero y también a los laicos, cuando pretenden estar siempre al mando. Los clericalistas sólo quieren mantener el «statu quo», porque sólo el «statu quo» consolida su poder. Misión... ¡imposible!

La segunda ficha se refiere a la práctica del discernimiento en común. Hemos experimentado personalmente, en nuestra piel, o más bien en nuestro corazón, la potencia de una herramienta en definitiva sencilla como es la conversación en el Espíritu. ¿Cómo podemos introducir su dinamismo en los procesos de toma de decisiones de la Iglesia, a distintos niveles? ¿Cómo aprender a construir un consenso que no polarice y que, al mismo tiempo, respete el rol propio de la autoridad, sin aislarla de la comunidad? Este es el desafío del discernimiento en común.

La tercera ficha nos recuerda que la vida de las comunidades humanas, y por tanto también de la Iglesia, pasa inevitablemente por la construcción de estructuras e instituciones, que persisten en el tiempo y ofrecen a las personas oportunidades de participación y crecimiento. ¿Cada institución puede ofrecer algunas oportunidades, pero no otras? ¿Cuáles son más acordes con una Iglesia sinodal? Pensemos concretamente, empecemos por las instituciones que ya existen, como los consejos pastorales, y verifiquemos su grado de sinodalidad efectiva.

La cuarta ficha nos lleva a poner la mirada en un tipo particular de estructuras, aquellas en las que se reúnen agrupaciones de Iglesias locales. El nivel continental fue una feliz novedad y un punto culminante del proceso del Sínodo 2021-2024. ¿Que aprendemos de esa ex-

periencia? ¿Que papel puede desempeñar el nivel continental, también para realizar la «sana descentralización» a la que a menudo nos invita el Santo Padre? ¿Y cuál es el potencial de un instrumento como las Asambleas Eclesiales, en las que no sólo están presentes los obispos? Lo he vivido directamente en la de Praga: sin la participación de sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos, creo que habría sido mucho más conflictiva. ¿Cómo podemos construir redes entre las Iglesias locales? ¿Y cómo se configura el ministerio de unidad del Obispo de Roma en una Iglesia descentralizada y sana?

La última ficha nos toca muy de cerca, porque nos invita a reflexionar sobre el potencial de la propia institución del Sínodo como lugar en el que se puede experimentar, de modo especial, la relación dinámica que une sinodalidad, colegialidad episcopal y primado petrino. Y pide a los grupos que lo asumirán que expresen también una valoración sobre la experiencia de extender la participación a un grupo de no obispos, elegidos como testigos de la fase de escucha y consulta.

Se trata de cuestiones delicadas, que requieren un discernimiento cuidadoso: en esta sesión comenzamos a abordarlas, luego tendremos un año para seguir profundizándolas con miras al trabajo que realizaremos en la segunda sesión. Son delicados porque tocan la vida concreta de la Iglesia y también el dinamismo de crecimiento de la tradición: un discernimiento equivocado podría cortarla, o congelarla. En ambos casos la mataría. Son cuestiones que hay que abordar con precisión de lenguaje y de categorías. Entre los expertos que nos acompañan,

a los que aprovecho la ocasión para dar las gracias, hay teólogos y también ca-

nonistas, tanto latinos como orientales. Si pueden ayudar a nuestra reflexión, no temamos recurrir a ellos. Los facilitadores saben cómo hacerlo. En el n. 44, el *Instrumentum laboris* nos recuerda que la participación lleva consigo la humildad de lo concreto. Por eso, las cuestiones relativas a ella vienen después de las relativas a la comunión y a la misión: es a través de la participación que podemos hacer aterrizar la visión inspiradora y dar continuidad en el tiempo al impulso de la misión. Sin embargo, la concreción conlleva también el riesgo de la dispersión en detalles, anécdotas, casos particula-

res. Por ello, en este cuarto módulo debemos hacer un esfuerzo especial para mantener el foco en el objetivo que perseguimos, el cual se indica en la «pregunta para el discernimiento» de cada ficha. Las consideraciones al margen que nos hacen salir por la tangente no nos ayudan. También quiero recordar que el objetivo de cada grupo, en relación con la pregunta que trata, es llegar a expresar convergencias, divergencias, cuestiones a explorar y propuestas concretas para avanzar. Pido a los facilitadores, a quienes vuelvo a dar las gracias, que no tengan miedo de empujarnos, incluso con un poco de decisión, cuando necesitamos que nos ayuden a no perder el foco.

Cedo ahora la palabra al Presidente Delegado, que nos guiará a lo largo de la sesión. El P. Timothy Radcliffe y el P. Dario Vitali nos ayudarán a enmarcar los temas de nuestro trabajo desde un punto de vista bíblico-espiritual y teológico respectivamente, con intervalos de silencio para favorecer la interiorización. Como en los módulos anteriores, también escucharemos algunos testimonios de miembros del Sínodo que pueden compartir experiencias significativas sobre estos temas. Deseo a todos un fructífero trabajo en este Módulo, que redundará en beneficio de toda la Iglesia. El discipulado misionero o la corresponsabilidad no son sólo frases hechas, sino una llamada que sólo podemos realizar juntos, con el apoyo de procesos, estructuras e instituciones concretas que funcionen realmente en el espíritu de la sinodalidad.

graciones actuales, comprendiendo sus criticidades, pero también las oportunidades que estas ofrecen, con vistas al crecimiento de sociedades más inclusivas, más hermosas, más pacíficas. Me permito subrayar la urgencia de otra acción, que no está contemplada por la parábola. Todos debemos comprometernos a hacer más seguro el camino, para que los viajeros de hoy no sean víctimas de los bandidos. Es necesario multiplicar los esfuerzos para combatir las redes criminales, que especulan con los sueños de los migrantes. Pero también es necesario indicar rutas más seguras. Por eso, es necesario comprometerse para ampliar los canales migratorios regulares. En el actual escenario mundial es evidente que es necesario hacer dialogar las políticas demográficas y económicas con las migratorias, en beneficio de todas las personas implicadas, sin olvidarse nunca de poner en el centro a los más vulnerables. También es necesario promover una orientación común y corresponsable para el control de los flujos migratorios, que parecen destinados a aumentar en los próximos años. Acoger, proteger, promover e integrar; este es el trabajo que nosotros debemos hacer. Pidamos al Señor la gracia de hacernos cercanos a todos los migrantes y los refugiados que llaman a nuestra puerta, porque hoy «todo el que no es saltador o todo el que no pasa de largo, o bien está herido o está poniendo sobre sus hombros a algún herido» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 70). Y ahora haremos un breve momento de silencio, recordando a todos aquellos que no han sobrevivido, que han perdido la vida en las diversas rutas migratorias, y a aquellos que han sido utilizados, esclavizados.

Dios conoce el rostro de cada uno

VIENE DE LA PÁGINA 1

Sobre el libro Nostalgias de un gigante boliviano

La lección sobre superación y diversidad del “hombre más grande del mundo”

LORENA PACHO

La novela se abre describiendo una escena circense de 1946 que puede resultar tan imponente como reveladora: el autodenominado circo más grande de América Latina exhibe junto a leones enjaulados y a un grupo de enanos al ‘Gigante Camacho’, de 2,30 metros de altura, un personaje histórico boliviano poliédrico y un ser humano extraordinario.

“Nostalgias de un gigante boliviano. La historia del Gigante Manuel Camacho”, el libro escrito por el sacerdote Ariel Beramendi, es una obra histórica y biográfica de 250 páginas que revela aspectos inéditos de la vida de Manuel Camacho, un personaje real que vivió entre 1900 y 1951 y que se convirtió en un mito urbano, debido a sus impresionantes dimensiones y a la carrera pugilística que desarrolló en su juventud, así como a su trabajo en un circo que lo llevó a recorrer ciudades de Argentina y Brasil.

Al inicio de 1900, en un lugar desconocido de Cochabamba, nació Manuel Camacho quien sufría de acromegalia. Condición que, durante su existencia, fue su cruz y también su gloria. En los círculos deportivos o circenses de Bolivia, Argentina y Brasil fue conocido como “el hombre más grande del mundo”, pero aquellos que descubrían las dimensiones de su corazón, le llamaban simplemente Manuelito o Camachito.

El libro versa sobre la diversidad humana, su aceptación en la sociedad, el abandono de los afectos y la búsqueda de la felicidad.

Si bien las fuerzas del destino confabularon para borrar la historia del Gigante Manuel Camacho, el autor, basado en documentos inéditos y nuevos



testimonios directos, desentieran un relato sepultado por las leyendas urbanas que hasta ahora se concentraron sólo en los aspectos folklóricos del coloso boliviano, olvidando personajes tan importantes como Vicenta, su joven esposa.

Es una obra cautivante en la que todos encontraremos algo de nosotros mismos. “Al inicio del 1900, en el imaginario colectivo de Bolivia y de algunas ciudades de Argentina y Brasil se conoció la existencia del ‘Hombre más grande del mundo’, pero con los años su historia se transformó en una leyenda urbana que se estaba dilu-

yendo entre el olvido y datos de fantasía”, explica Beramendi en conversación con L’Osservatore Romano. Y detalla el proceso de escritura señalando que cuando descubrió que el Gigante Manuel Camacho había tenido hijos buscó la forma de entrar en contacto con sus familiares. “En Argentina encontré a un nieto que me permitió acceder a entrevistar a los hijos - ya ancianos - del gigante boliviano. Para mí era importante redescubrir y preservar el bagaje de experiencias de ese ser excepcional y distinto a los demás, sobre todo en un contexto histórico y social adverso a lo que no comprendía”, apunta el autor, periodista y escritor cochabambino que actualmente reside en Italia.

Las historias sobre un gigante que vivió en Cochabamba y que exhibía su fuerza levantando burros en las ferias de los pueblos que le contaba su abuela cuando era niño despertaron su interés por este personaje histórico tan particular.

Beramendi no solo explora en su libro la carrera deportiva del Gigante Camacho en la lucha libre, sino que también se sumerge en su vida personal para comprender su personalidad y sus experiencias más allá de los reflectores. El autor desgana el modo en el que el protagonista se enfrentó desde una edad temprana a su diferencia física. A medida que la historia avanza, el lector va descubriendo el proceso de transformación de un hombre introvertido y sin educación formal en un ser humano que se acepta a sí mismo, que construye una familia y que enfrenta numerosas adversidades. “En esta novela, propongo un viaje interior por sus personajes, la superación personal y la aceptación de la diversidad. La historia del libro trata temas universales como la búsqueda de la felicidad, y refleja los temas ac-

tuales de la migración, la familia, la amistad, pero también la cosificación del ser humano”, apunta Beramendi. Y subraya que “el protagonista se enfrenta constantemente con un contexto social adverso, pero a pesar de todo forma una familia y se convierte en un personaje del espectáculo circense que viaja por Sudamérica”.

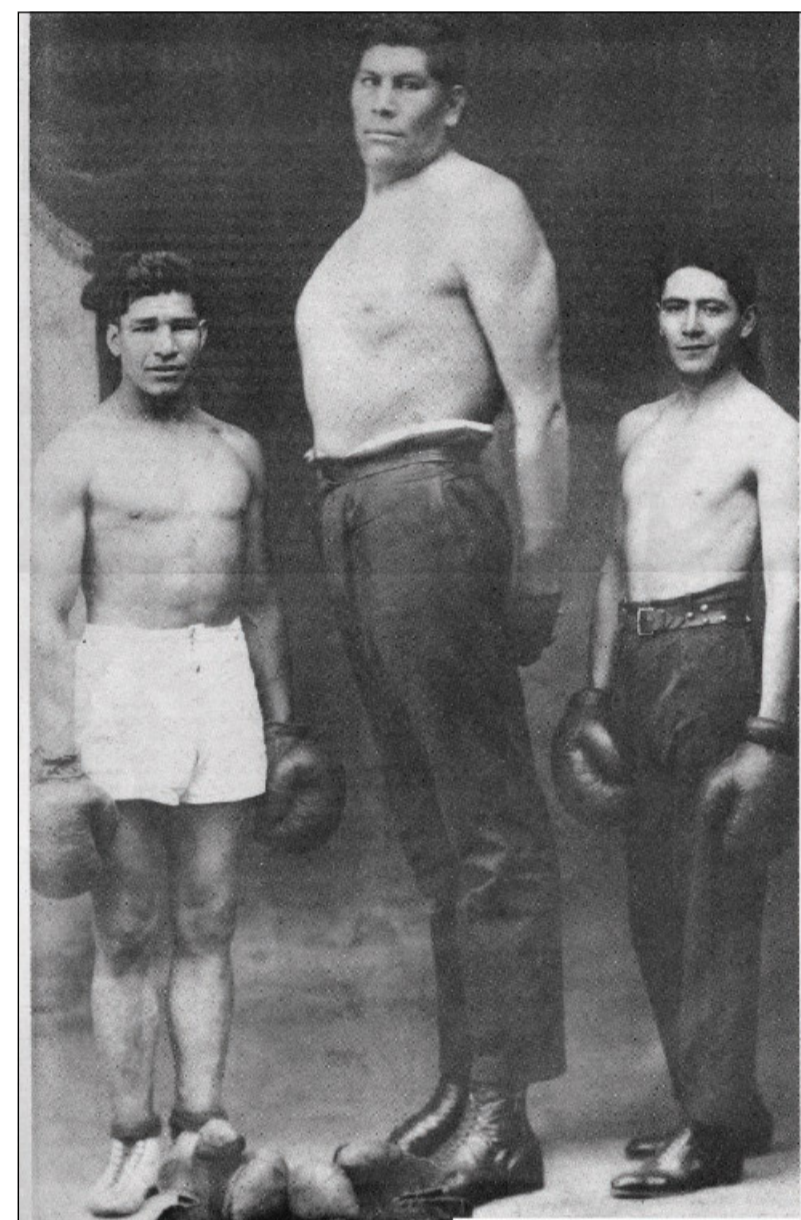
El autor logró entrevistar a los hijos del Gigante Camacho y revela que “fue la primera vez que ellos hablaron de sus experiencias de infancia, al obtener esa información de primera mano, tan distinta de lo que se sabía en Bolivia”. “Me comprometí con ellos a recuperar la memoria histórica de su padre”, indica Beramendi. Y explica que durante el proceso de investigación y recopilación de la información le resultaron de gran utilidad los documentos de hemerotecas de Bolivia, Argentina y Brasil, porque descubrió que el director del circo y el gigante boliviano visitaban los periódicos de las ciudades que visitaban para publicitar su espectáculo, “Así encontré material que me sirvió como un hilo conductor para una historia verosímil. En Buenos Aires conseguí documentos desconocidos que demostraban que el Gigante Manuel Camacho no había vendido su cuerpo a un museo y por supuesto, al tratarse de una novela, usé la licencia literaria para crear escenas que son fruto de la imaginación”, puntualiza.

El libro se presentó hace unos días en Roma. En el evento, Emilce Cuda, secretaria de la Pontificia Comisión para América Latina, tomó el escenario para ofrecer sus reflexiones y elogió la profundidad de la obra y su capacidad para unir a personas de diferentes culturas y trasfondos en una reflexión compartida sobre la esencia de la humanidad. Esta importante teóloga habló del “bullying”, de los santos de la puerta de al lado, de la dignidad del trabajo y de los migrantes. “En la presentación del libro en Roma al final de septiembre, la teóloga Emilce Cuda, parafraseando al Papa Francisco lo definió como un “santo de la puerta de al lado” y estoy muy de acuerdo con ella, porque este personaje histórico además de ser un héroe

popular de su época, tuvo que luchar consigo mismo (por su condición), y con el mundo externo para construir artesanalmente la felicidad de su familia”, especifica el autor.

El sacerdote y escritor Ariel Beramendi nació en Cochabamba, Bolivia en 1975. Estudió filosofía en la Universidad Católica Boliviana y continuó sus estudios en Italia, donde culminó sus estudios de Teología y la licenciatura en Ciencias de la Comunicación Social. El 25 de abril del 2004 fue or-

les de la Santa Sede, como Oficial para América Latina, servicio que ejerció hasta el año 2017 porque en septiembre de ese año fue trasladado a la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, como responsable de comunicación para el Sínodo de los Jóvenes (2018) y el Sínodo de la Amazonía (2019).



denado sacerdote en Cochabamba y desde entonces ha dedicado su vida a la pastoral y a la comunicación. Después de trabajar en el arzobispado de Cochabamba, en el año 2006 fue invitado a trabajar en el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Socia-

Su pasión por la escritura se refleja en sus obras publicadas en varios países. Entre algunas de sus publicaciones podemos citar: *Apuntes para una pastoral de la comunicación*, publicada en Colombia; y la biografía titulada *Tito Solari. La fuerza de la humildad*, publicada en Bolivia el año 2016.

En el 2018 Beramendi publicó su primera novela con el título *El amor bajo las piedras*, y en octubre de 2022, fue finalista en el Concurso Nacional Franz Tamayo con su relato *Claveles rojos*.

En noviembre del 2022, publicó en El Salvador el libro-entrevista *Conversaciones con el cardenal Gregorio Rosa Chávez*, en el que desvela la vida del amigo más cercano del arzobispo Oscar Romero. “Tengo el deseo de seguir escribiendo y narrando historias que comuniquen esperanza y que sean en algún modo mensajes de reflexión y superación humana. En estas dos décadas que vivo en Roma he encontrado muchas historias que merecen ser contadas. Ojalá encuentre el tiempo para escribirlas y para que la gente las conozca”, señala.



Prosiguiendo las reflexiones sobre el celo apostólico el Pontífice habla de san Carlos de Foucauld

El apostolado de la mansedumbre profecía para nuestro tiempo

Perder el corazón y la cabeza por Jesús, como hizo san Carlos de Foucauld para poder pasar de la atracción por Cristo a su imitación: lo propuso el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del miércoles 18 de octubre, en la plaza de San Pedro. Prosiguiendo el ciclo de reflexiones sobre la «pasión por la evangelización: el celo apostólico del creyente», el Pontífice se detuvo en la figura del «hermano universal» y su corazón palpitante de caridad en la vida escondida. A continuación el texto de la catequesis.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Proseguimos nuestro encuentro con algunos cristianos testigos, ricos de celo en el anuncio del Evangelio. El celo apostólico, el celo por el anuncio: nosotros estamos repasando algunos cristianos que han sido ejemplo de este celo apostólico. Hoy quisiera hablaros de un hombre que ha hecho de Jesús y de los hermanos más pobres la pasión de su vida. Me refiero a san Carlos de Foucauld el cual, «desde su intensa experiencia de Dios, hizo un camino de transformación hasta sentirse hermano de todos» (Cart. enc. *Fratelli tutti*, 286).

¿Y cuál ha sido el «secreto» de Carlos de Foucauld, de su vida? Él, después de haber vivido una juventud alejada de Dios, sin creer en nada si no en la búsqueda desordenada del placer, lo confía a un amigo no creyente, al que, después de haberse convertido acogiendo la gracia del perdón de Dios en la Confesión, revela la razón de su vivir. Escribe: «He perdido mi corazón por Jesús de Nazaret»^[1]. El hermano Carlos nos recuerda así que el primer paso para evangelizar es tener a Jesús dentro del corazón, es «perder la cabeza» por Él. Si esto no sucede, difícilmente logramos mostrarlo con la vida. Más bien corremos el riesgo de hablar de nosotros mismos, de nuestro grupo de pertenencia, de una moral o, peor todavía, de un conjunto de reglas, pero no de Jesús, de su amor, de su misericordia. Esto yo lo veo en algún movimiento nuevo que está surgiendo: hablan de su visión de la humanidad y ellos se sienten un camino nuevo... ¿Pero por qué no habláis de Jesús? Hablan de muchas cosas, de organización, de caminos espirituales, pero no saben hablar de Jesús. Creo que hoy sería bonito que cada uno de nosotros se pregunte: Yo, ¿tengo a Jesús en el centro del corazón? ¿He perdido un poco la cabeza por Jesús?

Carlos sí, hasta el punto que pasa de la atracción por Jesús a la imitación de Jesús. Aconsejado por su confesor, va a Tierra Santa para visitar los lugares en los que el Señor ha vivido y para caminar donde el Maestro ha caminado. En particular es en Nazaret que comprende que tiene que formarse en la escuela de Cristo. Vive una relación intensa con el Señor, pasa largas horas leyendo los Evangelios y se siente su hermano pequeño. Y conociendo a Jesús, nace en él el deseo de darlo a conocer. Siempre sucede así: cuando cada uno de nosotros conoce más a Jesús, nace el deseo de darlo a conocer, de compartir este tesoro.

ro. Al comentar el pasaje de la visita de la Virgen a santa Isabel, le hace decir: «Me he donado al mundo... llevadme al mundo». Sí, pero ¿cómo? Como María en el misterio de la Visitación: «en silencio, con el ejemplo, con la vida»^[2]. Con la vida, porque «toda nuestra existencia - escribe el hermano Carlos - debe gritar el Evangelio»^[3]. Y muchas veces nuestra existencia grita mundanidad, grita muchas cosas estúpidas, cosas extrañas y él dice: «No, toda nuestra existencia debe gritar el Evangelio».

Entonces decide establecerse en regiones lejanas para gritar el Evangelio en el silencio, viviendo en el espíritu de Nazaret, en pobreza y en lo escondido. Va al desierto del Sahara, entre los no cristianos, y allí llega como amigo y hermano, llevando la mansedumbre de Jesús- Eucaristía. Carlos deja que sea Jesús quien actúe silenciosamente, convencido de que la «vida eucarística» evangeliza. De hecho, cree que es Cristo el primer evangelizador. Así está en oración a los pies de Jesús, delante del tabernáculo, durante unas diez horas al día, seguro de que la fuerza evangelizadora está ahí y sintiendo que es Jesús quien le lleva cerca de tantos hermanos alejados. Y nosotros, me pregunto, ¿creemos en la fuerza de la Eucaristía? Nuestro ir hacia los otros, nuestro servicio, ¿encuentra ahí, en la adoración, su inicio y su cumplimiento?

Estoy convencido de que nosotros hemos perdido el sentido de la adoración; debemos retomarlo, empezando por nosotros

los consagrados, los obispos, los sacerdotes, las monjas y todos los consagrados. «Perder» tiempo delante del tabernáculo, retomar el sentido de la adoración.

Carlos de Foucauld escribe: «Todo cristiano es apóstol»^[4]; y recuerda a un amigo que «cerca de los sacerdotes hacen falta laicos que vean lo que el sacerdote no ve, que evangelizan con una cercanía de caridad, con una bondad para todos, con un afecto siempre preparado para donarse»^[5]. Los laicos santos, no los que trepan. Y esos laicos, ese laico, esa laica que están enamorados de Jesús hacen entender al sacerdote que él no es un funcionario, que él es un mediador, un sacerdote. Nosotros sacerdotes necesitamos mucho tener a nuestro lado a estos laicos que creen de verdad y con su testimonio nos enseñan el camino. Carlos de Foucauld con esta experiencia anticipa los tiempos del Concilio Vaticano II, intuye la importancia de los laicos y comprende que el anuncio del Evangelio pertenece a todo el pueblo de Dios. Pero ¿cómo podemos aumentar esta participación? Como hizo Carlos de Foucauld: poniéndonos de rodillas y acogiendo la acción del Espíritu, que siempre suscita formas nuevas para involucrar, encontrar, escuchar y dialogar, siempre en la colaboración y en la confianza, siempre en comunión con la Iglesia y con los pastores.

San Carlos de Foucauld, figura que es profecía para nuestro tiempo, ha testimoniado la belleza de comunicar el Evangelio a través del apostolado de la

mansedumbre: él, que se sentía «hermano universal» y acogía a todos, nos muestra la fuerza evangelizadora de la mansedumbre, de la ternura. No olvidemos que el estilo de Dios está en tres palabras: cercanía, compasión y ternura. Dios está siempre cerca, siempre es compasivo, siempre es tierno. Y el testimonio cristiano debe ir por este camino: de cercanía, de compasión, de ternura. Y él era así, manso y tierno. Deseaba que quien lo encontrara viera, a través de su bondad, la bondad de Jesús. Decía que era, de hecho, «servidor de uno que es mucho más bueno que yo»^[6]. Vivir la bondad de Jesús lo llevaba a estrechar vínculos fraternos y de amistad con los pobres, con los Tuareg, con los más alejados de su mentalidad. Poco a poco estos vínculos generaban fraternidad, inclusión, valorización de la cultura del otro. La bondad es sencilla y pide ser personas sencillas, que no tengan miedo de donar una sonrisa. Y con la sonrisa, con su sencillez, hermano Carlos testimoniaba el Evangelio. Nunca proselitismo, nunca: testimonio. La evangelización no se hace por proselitismo, sino por testimonio, por atracción.

Preguntémosnos entonces finalmente si llevamos en nosotros y a los otros la alegría cristiana, la mansedumbre cristiana, la ternura cristiana, la compasión cristiana, la cercanía cristiana. Gracias.

^[1] *Letras à un ami de lycée. Correspondance avec Gabriel Tourdes* (1874-1915), Paris 2010, 161.

^[2] *Crier l'Évangile, Montrouge* 2004, 49.

^[3] M/314 in C. de Foucauld, *La bonté de Dieu. Méditations sur les Saints Evangiles* (1), Montrouge 2002, 285.

^[4] *Carta a Joseph Hours*, in *Correspondances lyonnaises* (1904-1916), Paris 2005, 92.

^[5] Ivi, 90.

^[6] *Carnets de Tamanrasset* (1905-1916), Paris 1986, 188.

Al finalizar la catequesis, saludando a los fieles de varias nacionalidades presentes, el Papa volvió sobre el dramático conflicto entre Israel y Palestina, anunciando para el viernes 27 de octubre una Jornada de penitencia para la paz en Tierra Santa, en Ucrania y en los otros lugares del mundo en los que «hay muchos frentes de guerra abiertos», que culminará con una vigilia de oración en San Pedro al as 18.00. El Pontífice también recordó la Jornada misionera mundial que se celebra el próximo domingo. La audiencia general después concluyó con la bendición y el canto del Pater Noster.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. El próximo domingo celebraremos la Jornada Mundial de las Misiones. Pidamos al Señor que nos ayude a anunciar la Buena Nueva con alegría, con sencillez de corazón, al estilo de san Carlos de Foucauld. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa, Reina de las misiones, los cuide. Muchas gracias. También hoy el pensamiento va a Israel y Palestina. Las víctimas aumentan y la situación en Gaza es desesperada. ¡Se haga, por favor, todo lo posible para evitar una catástrofe humanitaria! Preocupa la posible prolongación del conflicto, mientras en el mundo ya hay muchos fren-



tes de guerra abiertos. ¡Callen las armas! ¡Se escuche el grito de paz de los pueblos, de la gente, de los niños! Hermanos y hermanas, la guerra no resuelve ningún problema, solo siembra muerte y destrucción, aumenta el odio y multiplica la venganza. La guerra cancela el futuro. Exhorto a los creyentes a tomar en este conflicto una sola parte: la de la paz; pero no de palabra, con la oración, con la dedicación total.

Pensando en esto, he decidido convocar, el viernes 27 de octubre, una jornada de ayuno y oración, de penitencia, a la cual invito a unirse, de la forma que consideren oportuno, a las hermanas y los hermanos de las varias confesiones cristianas, los pertenecientes a otras religiones y a cuantos tienen en el corazón la causa de la paz en el mundo. Esa tarde a las 18.00 en San Pedro viviremos, en espíritu de penitencia, una hora de oración para implorar sobre nuestros días la paz, la paz en este mundo. Pido a todas las Iglesias particulares que participen, preparando iniciativas similares que involucren al Pueblo de Dios.

“Renacer” en Brasil, una casa para mujeres embarazadas y víctimas de abusos

En el sur del país, las hermanas Carmelitas Mensajeras del Espíritu Santo, acogen en una casa familia a embarazadas en estado de riesgo. «Esta Casa es algo más que una simple institución, es el corazón de Dios que acoge a los que la sociedad no desea».

EMANUELA PRISCO

Joinville, Sur de Brasil. Una comunidad de seis religiosas de la familia de las Carmelitas Mensajeras del Espíritu Santo (CMSS), desde 2012 administra la Casa familia “Renacer”, que nace como asociación sin ánimo de lucro. Una estructura que existe desde hace más de treinta años y que tiene como misión la de acoger y ofrecer asistencia, física, social, psicológica y espiritual a gestantes en situación de vulnerabilidad social y también a sus hijos durante todo el periodo del embarazo, hasta tres meses después del nacimiento del niño.

Una oportunidad para renacer

Las Carmelitas iniciaron en 2012 un trabajo importante dentro de la casa, que, como sugiere el nombre, se ha convertido para las mujeres acogidas en una auténtica oportunidad para renacer. Llegan ahí no solo desde Brasil sino también desde otros países de América Latina: son jóvenes, algunas incluso adolescentes, víctimas de violencia doméstica o de la prostitución, que no tendrían perspectivas en la vida u otra salida si no el aborto. Además de recibir a las gestantes, las religiosas dan apoyo y afecto también

a los otros hijos que tienen las mujeres, dándoles la posibilidad de frecuentar la escuela. Además, ayudan a las chicas a rehacerse una vida también una vez que salen del centro de acogida, es decir a encontrar un trabajo digno y una casa donde vivir.

Sor Marli es una de las religiosas involucradas en este proyecto. A *Vatican News* cuenta que “se trata de una iniciativa que representa una verdadera misión en área social y en defensa de la vida y es además un servicio de ‘Protección Social Especial’”. Por este motivo muchas de las mujeres acogidas “deben permanecer en el anonimato ya que en algunos casos escapan de situaciones de violencia y abuso. En otros casos, sobre todo cuando se trata de chicas menores, son los padres los que deciden confiarlas al centro para crear en ellas un cierto sentido de responsabilidad”.

El trabajo, o mejor, la misión de las hermanas es en primer lugar la acogida en un espíritu evangélico con amor, alegría, esperanza. “Queremos ayudarles en el proceso de reestructuración psicológica, espiritual y social”, afirma



sor Marli.

Sor Ana Maria, asistente social que vivió en la casa hasta el 2022, comparte lo que para ella ha sido una “bonita experiencia”: “En toda madre y niño que acogemos podemos ver la misericordia y el amor de Dios hacia cada una. Dios es maravilloso, quiere salvar, rescatar, cuidar de sus heridas y guiarlas en un camino nuevo, digno de un verdadero hijo de Dios. Esta Casa es algo más que una simple institución, es el corazón de Dios que acoge a lo que la sociedad no desea”.

Construir el futuro

Una de las características de esta casa es la total confianza en la “Providencia”. La estructura no tiene ingresos estatales o regionales, sino que vive de las donaciones de hombres y mujeres generosos que deciden dar una ayuda. Gracias a los voluntarios - y siempre incentivados por las hermanas - las mujeres acogidas aprenden a desarrollar varios trabajos artesanales que después son vendidos para recaudar fondos. Sirven no solo para sostener la estructura, sino también para tener una caja para ella una vez salen de la estructura. Son muchos los voluntarios que ayudan a la comunidad a mantenerse (a veces también económicamente) y promueven eventos de beneficencia para el mantenimiento del edificio y para el futuro de las jóvenes.

Detrás de cada rostro hay una historia

#Sistersproject